



Capítulo 534: No es un juego

La mujer del kimono blanco ajustó su flequillo con un movimiento lento, casi descuidado y suspiró, como si llevara siglos de frustración.

"Estoy harta", dijo con voz baja pero aguda como el acero. "Estoy harto de ser el maldito guardián de este maldito lugar."

Las palabras resonaron en el valle destrozado, cada sílaba llena de resentimiento.

"Miles de años atrapada en este agujero de mierda..." continuó con una sonrisa irónica, con los ojos brillando con puro desprecio. "Ser protector... como si fuera un perro guardián obediente, vigilando una tumba que ya nadie recuerda."

El silencio que siguió fue intenso, pero Vergil no perdió la oportunidad.

Arqueó la ceja y sus labios se curvaron formando una risa seca.

"Ja. Qué tragedia..." se burló, escupiendo en el suelo. "¿Qué me importa? No me importan tus quejas." Sólo vine aquí para ocupar este lugar por mí mismo.

La mirada de la mujer lo atravesó como dagas, pero en lugar de ira, sus labios se abrieron en una sonrisa... amplia, inquietante, casi de alivio.

"...Bien," murmuró, casi dulcemente. "Adelante, muchacho arrogante... devora el Árbol del Mundo en el centro de este lío y sácame de aquí."



Dio una risa corta y seca que no tenía humor, sólo contenía locura.

"Si puedes, por supuesto."

Antes de que alguien pudiera reaccionar, su aura explotó, cortando el aire como una guadaña invisible. En un solo movimiento, levantó la mano y lanzó un ataque con proyectiles, un arco de energía blanca y dorada que atravesó el claro como un rayo asesino—directamente hacia Virgilio.

Vergil ya había levantado su katana, pero ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. El golpe fue demasiado rápido, demasiado fuerte.

Pero entonces—

¡KRAK!

El impacto fue interrumpido.



Rafaelina apareció frente a él, con la mano desnuda extendida, conteniendo el ataque como si fuera simplemente una ráfaga de viento. La energía estalló, se retorció, intentando explotar, pero quedó atrapada entre sus dedos, que apretaron con fuerza hasta que el golpe se convirtió en chispas de luz.

Giró la cara lentamente, con los ojos medio cerrados, mirando a la mujer con el kimono blanco.

"... ¿De verdad crees que lo tocarás sin pasar a través de mí?" dijo, con tono bajo, pero con la amenaza de un huracán.



La mujer del kimono blanco dejó escapar un largo suspiro, como si alguien apagara una vela antigua. Sus ojos, que hasta entonces eran espadas, se suavizaron por un momento —lo suficiente como para revelar que detrás de la furia había un cansancio que se extendió por siglos.

Levantó la mano, no en ataque, sino en un gesto casi ceremonial, y habló con una voz que cortaba sin gritar:

"Por favor, ¿podrías bajar tus auras? Let's go." Este lugar no durará mucho después de que hayas roto la matriz de confusión.

La frase salió casi como una petición educada. El contraste con las duras palabras que había pronunciado antes era tan absurdo que todo el claro oscilaba entre la risa y la incredulidad.

Zafiro fue el primero en entrecerrar los ojos y las llamas a su alrededor silbaban como si se sintieran ofendidas por la petición. Naberius levantó un rabillo de la boca y, por un segundo, pareció considerar la propuesta con placer —como si apreciara un cambio de escenario. Sephirothy mantuvo su mirada rígida, menos por petición y más por respeto instintivo al tono de la mujer.

Virgilio soltó una breve risa. "Por favor'? ¿Ahora quiere cortesía?" Él escupió. "Qué maldito cambio de tono."

Rafaeline, con la mano todavía brillante desde donde había interrumpido el ataque, no apartó los ojos de la mujer. Toda su postura decía: "Interrumpí porque quiero, y si parpadeas, volveré a armar tu cráneo" Ada pellizcó el brazo de su madre y sus ojos suplicaron calma.

La mujer del kimono asintió con un pequeño gesto, casi cansado. "No soy la autoridad para preguntar. Yo simplemente... no puedo soportar ver la belleza



inútil arrastrada por la vanidad. Además," añadió, con el rostro endureciéndose de nuevo, "este sello mantenía un equilibrio inestable. Romperlo ha expuesto más de lo que crees. Lo que estáis haciendo aquí, arrancando cosas antiguas del suelo, ya ha empezado a desgarrar el tejido que protege el bosque. Si continúas a este ritmo, el propio Bosque Perdido se unirá contra ti."

Naberio dio un paso adelante y la espada en llamas giró perezosamente. "Oh, qué dulce", dijo ella sonriendo. "El viejo protector quiere mantener la casita en orden. Qué romántico. Podría quemar este lugar sólo para escuchar el ruido..."

"No es un juego", interrumpió la mujer, demasiado tranquila para una voz tan fría. "Puedes quemar todo lo que quieras, Naberius. Pero cuando la matriz cae por completo, aquí nada filtra lo que está sellado en el Árbol Central. Saldrá por todas las vías. Criaturas, espíritus, magia. Acabas de abrir una puerta — y no es sólo a la superficie"

Sephhirothy, que había causado gran parte del daño en el enfrentamiento anterior, cerró los ojos. El pulso en su garganta era un mapa de culpa. "¿Y entonces qué pretendes?" Ella preguntó, con la voz baja pero firme.

"Sencillo", respondió la mujer. "Bájalo. Ustedes tres"—ella señaló a Naberio, Zafiro y Sephirothy—"bajen sus auras al mínimo indispensable. Guárdalo lo suficiente para evitar que entidades menores te arranquen las orejas. Y cualquiera que se mueva hacia el Árbol del Mundo debe hacerlo bajo mi supervisión."

Rafaelina apretó la mandíbula. "¿Y si no queremos?"

El protector sonrió con entusiasmo, una sonrisa corta, sin ninguna ternura.



"Entonces haré que cada paso que des aquí sea una carga. Puedo mantener todo este clero cerrado hasta que abras un único pasaje seguro—y para eso sólo necesito dos palabras: derramamiento de sangre y raíz. No quiero la guerra. Sólo quiero que nadie convierta lo que queda en una catástrofe."

Vergil la miró y evaluó el riesgo. El brillo azul en sus ojos bailaba en la penumbra. "¿Y por qué deberíamos confiar en una guardiana que decapita su propia cabeza en... estilo dramático?"

El protector levantó la cabeza, para nada aterrorizado. "Porque sé el precio. Yo pagué por ello. No quiero que pagues lo mismo," dijo sinceramente, con una dureza que media eones de sufrimiento. "Además, si vas a saquear, hazlo con cuidado. Te lo dije."

Hubo un silencio cargado de sospechas. Naberius, divertido por su apego al "cuidado", se encogió de hombros. "No hago promesas. Pero..."—su voz bajó un poco—"si la niña blanca aquí va a mantener esta aburrida vigilia, puedo bajar el tono solo por diversión."

Zafiro apretó los dientes y el humo salió de sus fosas nasales como si fuera una advertencia. Inclinó la cabeza hacia su protector. "Te haré un favor y lo bajaré un poco. Pero no esperes que me convierta en tu oso domesticado."

Sepphirothy, sin embargo, mantuvo la compostura. "Acepto las condiciones", dijo. "Sin embargo, Virgilio, si no tienes intención de cumplir con lo propuesto, no te enojes cuando yo mismo te saque del Árbol."

Virgilio sonrió, peligroso y desafiante. "¿Yo? ¿Robar el protagonismo? Nunca. Pero tomaré lo que me interese."

El protector soltó una risa seca, casi maternal. "Ah, siempre arrogante. Muy bien. Tienes tu manera." Haz lo que quieras con el Árbol —siempre y cuando



me dejes cerrar el resto cuando hayas terminado", dijo, levantando el brazo en un gesto casi sacerdotal. "Y para que quede claro, a cualquiera que intente traicionar este acuerdo, lo haré desaparecer. Sin drama."

Ada apretó nerviosamente la muñeca de Raphaeline; Raphaeline no respondió, solo mantuvo sus ojos fijos en la mujer. Naberius dio un paso atrás, claramente molesta por algo que ni siquiera podía nombrar —quizás la idea de una orden que no provenía de ella.

Zuri, acurrucado, observó todo y murmuró indiferentemente, "Bien. Menos ruido." Su cola golpeó el suelo en hosco acuerdo.

Titania se secó la cara, respirando pesadamente. "Por favor..." susurró, rogando que se cumpliera la promesa —no más destrucción.

Rize, todavía sujetando a Vanny, levantó la vista con voz temblorosa. "¿De verdad vas a hacer esto? ¿Bajar? Acum?"

La mujer del kimono blanco le dirigió una mirada que era a la vez desdeñosa e irónica. "Baja, o te haré bajar." Y luego, más suavemente: "Y luego... entonces te ayudaré a cerrar lo que queda."

Vergil dio un paso atrás y se secó la sangre con el dorso de la mano. La risa que se le escapó fue corta pero sincera—le gustaban las reglas cuando podía romperlas. "Está bien," dijo entonces, "pero sepa esto, oficial... si me impide arrancar el árbol, lo quemaré hasta los cimientos."

"Haz eso y te sacaré de aquí", respondió ella, tan fría que podría haber congelado el fuego de Virgilio.